

El despertar de la Toscana.

Ella había viajado por todo el mundo. Le gustaba decir que no pertenecía a ningún lugar, que no tenía raíces. Tan solo alas. Sin embargo no era cierto, había un lugar al que podía decir que “volvía” y no “iba”. Y ese lugar era su hogar.

Realmente no podía decir que fuese Italia su casa, y a la vez, sin duda, alguna lo era. No era el concepto de país, de territorio, el que tiraba de ella. No, era algo muy distinto, y ella bien lo sabía, aunque no habría sabido bien cómo explicarlo.

Iba pensando en todo esto, abrumada y algo desorientada. Sus pensamientos divagaban libres, como su espíritu siempre había sido. Qué gran felicidad sentía al saber que era libre de estar dónde quisiese, y sabía bien dónde quería estar.

-Perdone, ¿puedo sentarme a su lado?

- Por supuesto, no está ocupado, siéntese.

Una joven interrumpió la línea argumental de sus pensamientos, es curioso como a la par que recorremos caminos, tendemos a recorrer secuencialmente los acontecimientos de nuestra vida, aquellos que nos han llevado a estar donde estamos.

-Por lo que veo es usted también italiana, ¿lleva mucho tiempo fuera?

-Así es, soy italiana. Pero no sabría decirle, depende de cuánto tiempo sea “mucho”.

-Yo diría que “mucho” empieza en el momento en que echas de menos tu hogar, y continuas sin regresar a él. Aunque depende de cuánto tiren de una sus raíces, ¿no cree?

Es curioso como una chiquilla desconocida podía tener un juicio tan similar al suyo. Así es la vida, por muchas cosas que nos separen, ser de un mismo lugar siempre nos une. Es cuestión de impronta, una impronta intangible que queda en cada uno de nosotros y que proviene del lugar del que somos, y en cierto modo, al que pertenecemos.

Por fin llegaron y bajó del tren. Se sintió abrumada, los recuerdos se agolpaban a las puertas de su mente en una espiral que embriagaba sus sentidos. Distorsionados por el tiempo, difíciles de enfocar con claridad. Pero fáciles de sentir, cercanos, como si ayer mismo hubiesen acontecido.

Por su oficio, había tenido la suerte de ver lugares asombrosos, fotografiarlos en su máximo esplendor. Se le daba bien, era una fotógrafa de gran talento. Siempre había sabido captar la belleza, plasmar con nitidez los atributos de aquellas cosas que la conmovían. Sin embargo, le resultaba complicado clarificar las sutilezas y sensaciones que se arremolinaban en ese momento, deslizándose entre su presente y su olvido.

¿Acaso no era lo normal sentirse abrumado, sobrepasado, por tal cantidad de recuerdos?

-Disculpe que le pregunte, me dirijo hacia la parte baja de la ciudad. ¿Va usted hacia allí, por casualidad? Siendo así, podríamos hacernos compañía, si le parece.

-Por casualidad no señorita, por derecho, en efecto voy hacia allí. De buen grado le haré compañía, conversar me vendrá bien para salir un poco de mis pensamientos, que en tanta intensidad pueden aturdir incluso al más cuerdo de los mortales.

-De acuerdo entonces, cuénteme, ¿qué es eso que la aturde? ¿Demasiados recuerdos?

-Sí, supongo que con los años los recuerdos van acumulándose, pero no les prestamos mucha atención. Sin embargo, al llegar aquí, todos ellos parecen querer salir a escena de golpe y sin permiso, es ciertamente abrumador. Cuando tenga mi edad lo comprenderé. El baúl de los recuerdos tiene siempre el mismo tamaño, pero cada vez está más lleno, así que los recuerdos se amontonan unos sobre otros y se acumulan sin rigor.

-Vaya, parece que ha vivido aquí usted millones de historias. Qué contenta debe de estar de volver. Imagino que sus seres queridos están deseando verla de nuevo.

Las palabras de su nueva acompañante le daban que pensar, ciertamente había vivido miles de historias, aunque en ese momento no fuese capaz de recordarlas todas.

Iban caminando y no podía sino admirar la autenticidad de la arquitectura que las rodeaba. Siempre había sentido debilidad por la belleza, la estética y el arte. Tal vez, las influencias que tuvo en su niñez fuesen las culpables. Italia tiene esa magia, esa manera de celebrar la vida y de transformar en arte cualquier cosa que se desprenda de ella.

Quizá lo que convertía a Italia en su hogar, era que la había hecho ser quien era, le había inculcado su amor por la belleza, su admiración por el arte y su curiosidad por la cultura ajena. Qué fascinantes le resultaban las diferencias entre culturas, y como estas marcaban a las personas. Había aprendido mucho sobre la importancia de la cultura, sobre cómo nos moldea y nos dota de valores y rasgos distintos a cada uno de nosotros.

Sabía que el lenguaje era fundamental. Al aprender un nuevo idioma, las fronteras de tu mente se amplían un poco más. Recoges una parte de la cultura de ese país y esta anida en tus pensamientos, forma parte de ti y puedes entenderla mejor. Hay ciertas expresiones propias de cada lengua, que fundamentan su existencia en la necesidad de sus hablantes de expresar con palabras rasgos propios de su cultura. Por esto, no es de extrañar que no hubiese encontrado una palabra con la que traducir *culaccino* en la mayoría de países que había visitado. Literalmente, es la marca que deja una copa en la mesa. La marca que deja una copa de vino, cuando la temperatura es cálida y se transfunden pequeñas gotas por la condensación. Cuando no hay prisa, cuándo dejas pasar el tiempo recreándote en la conversación de las personas con las que compartes ese momento. Era una palabra simple, pero tenía que ser italiana. Entrañaba un sinnúmero de costumbres propias de una cultura en la que se disfruta de la compañía, del vino, de la calma y del placer de lo simple y lo auténtico. El patrimonio cultural intangible está

impreso en cada rasgo del lenguaje, como utensilio para conceptualizar costumbres, tradiciones, y por encima de todo, un modo de entender la vida.

Recordó aquella poesía pintada a la entrada de la casa de su abuela: *“Siempre volveré sobre mis pasos yendo hacia cualquier lugar. Iré a los mismos sitios y no será dos veces igual. Seré la misma que fui y que soy. Y aunque no sepa a dónde voy, este siempre será mi lugar.”* Esas palabras la representaban por completo en este instante, como habrían representado a cualquiera en su posición.

-Estamos llegando a casa, bueno es la casa de verano de la familia y vamos a comer hoy todos aquí. Sé que no nos conocemos pero, ¿le gustaría quedarse? ¿O ha hecho planes?

-Pues la verdad, es que aún no había pensado que hacer hoy, pero no quiero molestar.

-No, no molestaría. Todo el mundo es bien recibido, y usted me ha hecho compañía por el camino, es mi modo de agradecerse.

Aceptó la invitación. Todo le era familiar allí, y hermoso. Estaba abrumada, no podía asegurar si había hecho antes ese mismo camino o tan sólo le recordaba a otro similar.

-¿En qué va pensando? La veo a usted muy concentrada.

-Pienso en que a veces hay tanta belleza en el mundo que hasta me cuesta comprender cómo puede ser. En ocasiones me sobrepasa, otras simplemente fluye. Incluso hay veces en las que veo una belleza insostenible en ciertas cosas banales. Podría decirse que en algunos momentos no soporto tanta maravilla. Conforme te haces mayor las reflexiones son más profundas y con más facilidad te pierdes en ellas. Disculpa mi distracción.

Se fijó en la puerta de madera, elegante, a juego con el resto de la fachada. De repente un detalle llamó su atención. Desdibujado por los años, en la pared de entrada, se leía un

poema que no solo conocía, si no que acababa de pasearse por sus pensamientos con total claridad. Y ahí estaba, como una casualidad improbable y en cierto modo poética.

-¿Conoce este poema? ¿Sabe usted quién es el autor?

-Sí, por su puesto. De hecho, venía pensando en él, siempre me ha gustado. Estaba escrito a la puerta de la casa de mi abuela, tal y como está escrito aquí. Pero nadie supo decirme nunca de quién era. Es una casualidad asombrosa que esté también aquí.

-Sí que lo es, aunque yo no creo en las casualidades. Mi abuela me lo recitaba de pequeña. Solía decir que recordándolo, siempre recordaría mis raíces.

Entraron en la casa y fue como entrar en un sueño, o mejor dicho, fue como un despertar. El sol bañaba los suelos empedrados y se reflejaba en el agua de la fuente, que presidía en centro del jardín. Y el olor, ese olor embriagador a comida recién hecha, a *panzanella*, a *parpadelle sulla lepre*, a ensalada *capresse* y a vino tinto.

Ambas se sentaron a la mesa a esperar al resto de comensales, todo le resultaba tan familiar, tan cercano, que no habría sabido discernir que diferenciaba aquel lugar, aquel patio, aquella mesa, de esa otra en la que se había sentado tantas veces años atrás.

La familia de su joven amiga salió de la cocina portando un sinfín de platos y botellas de *Brunello di Montalcino*. Se sentaron al tiempo que la saludaban cordialmente.

Comenzaron a comer, charlando sobre esto y aquello, dejándose embriagar por un sinfín de aromas y sabores que le eran tan propios como lo era cada fibra de su ser.

-Está todo riquísimo, ¿verdad?

Su anfitriona interrumpió sus pensamientos, como ya venía siendo costumbre desde que se sentara a su lado en el tren.

-Sí que lo está, señorita, no hay cocina como la de la Toscana. Todo lo que he probado no solo está exquisito, si no que me recuerda mi juventud.

-Estoy totalmente de acuerdo, mi madre y mi tía son unas cocineras estupendas, algún día espero aprender a cocinar así de bien. Estos platos los comemos siempre que nos reunimos, son las recetas de mi abuela, que aún continuamos disfrutando.

-Su abuela debió ser una estupenda cocinera, y una buena persona, si dejó tras de sí estas tradiciones y a una familia tan unida, eso es muy importante.

-Está usted en lo cierto, mi abuela aún vive, de hecho, y es tal y como usted presupone. Pero hoy no ha podido estar con nosotros por ciertos temas de salud, que la han mantenido alejada. Si bien su enfermedad no tiene cura, sus médicos nos han informado de que su ánimo está más calmado y que podríamos tenerla de vuelta pronto. Bueno, voy a acercarme a la cocina a por el primer plato, espero que le guste.

Conforme la veía alejarse hacia la cocina algo la hizo sentirse extraña, a pesar de que todo le era terriblemente familiar. Observó a las personas con las que estaba compartiendo la mesa. Dos mujeres morenas, muy parecidas entre ellas. Una de ellas tenía las mismas cejas finas y ojos almendrados que la chiquilla por la cual estaba allí. También había dos chicos jóvenes. Uno era esbelto, de ojos rasgados. El otro, era más bien bajo, de labios carnosos y nariz chata. A su lado, se sentaba un hombre de mediana edad, con un aire serio, pero afable y ojos profundos, que tenía un lunar característico en la barbilla, al igual que su joven amiga, por lo que dedujo que podría ser su padre. Por último, había una chica de rasgos delicados, con cierto aire infantil en la mirada, que la escrutaba de reojo, de cuando en cuando, con una mezcla de curiosidad y expectación.

Su anfitriona se aproximó a la mesa y dispuso una fuente en el centro. Sirvieron los platos y comenzaron a comer. Al probar el primer bocado, o incluso antes, al oler de

cerca el aroma que desprendía aquel *pollo alla diavola* sintió como sus ojos se llenaban de lágrimas, sin terminar de entender en ese mismo momento el porqué.

-¿Le gusta nuestro *pollo alla diavola*? Lo habrá comido antes muchas veces, me figuro.

-Sí, si me gusta, me gusta mucho. Creo que es mi plato favorito, usan la misma receta que yo solía usar... ¿De qué enfermedad me ha dicho que padecía su abuela?

-No se lo he dicho. Mi abuela tiene un trastorno neurodegenerativo, sin entrar en detalles, su cabeza está perdiendo la capacidad de recordar, con todo lo que conlleva.

Sintió de golpe una pena terrible, que sufrimiento padecer algo así. Olvidar lo que uno ha vivido, dónde uno a estado, lo que uno ama, y sobre todo lo que uno es.

Si sentir como se parte un corazón fuera posible, lo habría sentido en ese instante.

Rodeada de esa gente, en esa mesa, envuelta en ese olor a romero, pimienta y laurel.

Sintió las lágrimas resbalar por sus mejillas, y a la vez, se sintió feliz de estar allí. Feliz de estar donde estaba en ese preciso instante, de levantar la mirada hacia las personas que la rodeaban y poder mirar a la cara a esa chiquilla, que desde el tren, la había acompañado. Mirar sus cejas finas, sus pecas y el lunar de su barbilla, como ya lo había hecho diecisiete años atrás. Tembló al sentir que sus recuerdos aún estaban allí, entonando el *Bella Ciao*, como si del mayor acto de rebeldía y resistencia se tratase.

Pudo mirar a los ojos a su nieta y en ese momento ella también lo supo. Todos lo supieron. Había recordado. Aunque tan solo fuese por un instante, había recordado quienes eran aquellos que la acompañaban, su familia. Había recordado quién era ella misma, y sobretodo había recordado de dónde venía, aunque eso en cierto modo, nunca lo había olvidado.

A. Lunar